

do se estudia su doctrina acerca de la virginidad; y de tal manera eso es así que sin ser un tratadista de la virginidad cristiana, en sentido riguroso, Cipriano se refiere a las vírgenes cristinas como miembros que forman parte del rebaño de Cristo que le ha sido confiado como pastor, pero sobre todo porque dentro de esa grey constituye un colectivo especial, un conjunto cuyo honor se encuentra por encima del resto y que, en consecuencia, exige también una mayor solicitud por su parte. El lector interesado puede encontrar en este apartado referencias e indicaciones interesantes sobre la virginidad cristiana, tal como se conformaba en los primeros siglos del cristianismo. «Cipriano, sin querer llevar a cabo un tratado sistemático ni pretender hacer teología, sino preocupado únicamente de su rebaño, desarrolla por primera vez en la literatura cristiana de la lengua latina, elementos de una disciplina aplicable a las vírgenes, así como elementos para una teoría sobre la virginidad» (p. CXL).

Con la excepción de unas pocas erratas tipográficas que se han escapado, hay que decir que la traducción castellana se lee con agilidad, sin perder los matices latinos tan propios del lenguaje de san Cipriano, pues no en balde tuvo como maestro a Tertuliano, y la belleza de sus giros gramaticales. Las últimas páginas también incluyen un índice bíblico y otro onomástico y toponímico. En definitiva los lectores interesados en la primera literatura cristiana latina encontrarán en estas páginas la oportunidad de una recreación intelectual, y constituyen una ocasión especial de beber en las fuentes mismas del pensamiento cristiano para todo aquel que lo desee.

Marcelo MERINO

---

**Marie-Joseph LE GUILLOU**, *El rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano II*, Madrid: Encuentro, 2012, 421 pp., 17,5 x 22, ISBN 978-84-9920-153-5.

«Su libro es una bella meditación espiritual de una grande intensidad de fervor en la fe y en el amor», le escribió Congar al autor el 18 de abril de 1968. Marie Joseph Le Guillou, OP (1920-1990) estudió en Le Salchoir con el eclesiólogo y ecumenista francés y con Chenu –entre otros docentes–, donde fue después profesor de teología moral. Destacó igualmente por su trabajo ecuménico –sobre todo con ortodoxos– en el Centro Istina y como perito de los

obispos franceses a partir del segundo periodo conciliar. Todas estas circunstancias biográficas proporcionan pues una sintonía especial con el Vaticano II. Fundador y primer director del Centro ecuménico del *Institute Catholique* de París, miembro de la Comisión teológica internacional y secretario del Sínodo de los obispos de 1971 sobre el sacerdocio, fue también amigo y colaborador de Henri de Lubac, Hans Urs von Balthasar y Joseph Ratzinger. En 1974, con 54 años tuvo que dejar el trabajo académico, si bien siguió dedicándose a la formación de laicos y religiosos, para morir dieciséis años después.

Como explica en la introducción Gabriel Richi Alberti, profesor en la Universidad eclesiástica de San Dámaso de Madrid, el libro fue redactado a petición de algunos padres conciliares, sobre todo de origen africano, e iba a ser publicado en 1966, aunque –por motivos de salud del autor– tuvo que esperar todavía dos años para ver la luz. La idea del título la toma prestada el autor de una alocución de Juan XXIII el 11 de septiembre de 1962. Como se expresa ahí, la interpretación que Guillou nos ofrece del Concilio es netamente cristocéntrica: «Jesucristo [como] centro absoluto de atracción y de referencia para el mundo entero es el mensaje del concilio para nuestro tiempo» (p. 402). De tal modo que el teólogo y ecumenista francés estructura en torno a este núcleo todos los documentos del Vaticano II, especialmente las cuatro grandes constituciones: «El prodigioso edificio del Concilio Vaticano II, constituido por las constituciones, los decretos y las declaraciones, nos desvela su lógica interna: la vía de acceso es necesariamente la constitución *Dei Verbum* (sobre la revelación) y la constitución *Sacrosanctum concilium* (sobre la liturgia). Gracias a ellas podemos descubrir el significado verdadero de *Lumen Gentium* y de *Gaudium et spes* así como todos los demás textos, que no es otro que el misterio de Cristo» (p. 101).

Evitando de esta forma una interpretación del Vaticano II lejos de los textos y en clave ideológica a partir de un presunto espíritu del evento conciliar, en el que quedaría justificado una ruptura respecto a la anterior historia de la Iglesia, el dominico francés nos ofrece una lectura desde dentro: desde los mismos textos conciliares, los cuales cita con profusión junto con discursos de Juan XXIII y Pablo VI. A este marco hermenéutico se añaden textos de los Padres, sobre todo griegos, y de distintos maestros medievales, que el autor conoce con detalle. La interpretación que Le Guillou ofrece del concilio no es por tanto de ruptura sino de reforma, como Richi menciona remitiéndose al magisterio de Benedicto XVI sobre la hermenéutica conciliar. Sí se augura en estas páginas una necesaria reforma y renovación de la Iglesia, sobre todo des-

de la pobreza, no entendida –tampoco en este caso– en clave ideológica sino dentro de esta «hermenéutica de la reforma, de la renovación en la continuidad del único sujeto-Iglesia que el Señor nos ha dado», según palabras del actual Papa emérito pronunciadas el 22 de diciembre de 2005.

Esta lectura cristológica del Concilio consiste pues en una «contemplación del rostro de Cristo suscitada por el Espíritu», que ha de ser «la pulsación primordial del corazón quizás escondido pero infinitamente real y dinámico del Vaticano II» (p. 59). Esta visión –en clave también pneumatológica y con entraña profundamente trinitaria– desvela las fuentes orientales que tan bien conoce el autor. De esta visión brota la «grandeza profética» del Vaticano II, que –como indica el subtítulo– es también a la vez e inseparablemente espiritual y doctrinal, pastoral y misionera. Esta perspectiva de síntesis ofrece especiales luces frente a simples dialécticas y juegos de contrastes de corte maniqueo; ofrece así una perspectiva sintética y sincrónica del Concilio. Lo que poderosamente llama la atención de estas páginas es su profundo conocimiento del Vaticano II desde el interior, sin ceder ante fáciles esquematismos, sino ofreciendo los infinitos y variados matices que contienen los textos conciliares.

No ofrece además una lectura eclesiocéntrica del evento conciliar, sino que se remite a su verdadero centro y a su verdadera fuente: la contemplación del rostro de Cristo resucitado. En un estilo poético y entusiasta, Le Guillou propone un talante misionero y ecuménico, como consecuencia de esta meditación –espiritual y doctrinal a la vez– de esta mirada cercana al rostro glorioso del Señor. Y es de aquí de donde surge su verdadero carácter pastoral, que no sitúa como una presunta premisa que parte de una *praxis* entendida sobre todo desde un activismo sin conciencia ni visión.

A partir de este planteamiento netamente teocéntrico, Le Guillou va enhebrando todos los temas debatidos y abordados durante el Concilio: la libertad religiosa, la misión y las religiones, el mundo y los religiosos, los laicos y los pastores, María y la Iglesia. Es decir, el teólogo francés ve la Iglesia desde este núcleo trinitario y cristológico, y no al revés. Por eso la entiende a la vez como misterio y sacramento, como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu, por acudir a las formulaciones del primer capítulo de la *Lumen gentium* (cfr. pp. 165-167, 171-173). Pero la Iglesia no está para sí misma, sino al servicio del mundo, de lo que se desprende la dimensión misionera de toda ella (cfr. pp. 174ss.). Sin embargo, esta actitud misionera y pastoral nace una vez más de su fuente original, como veíamos. El teólogo ortodoxo Olivier Clément, en una reseña publicada en *Le Monde*, escribía: «Entre los

textos que proliferan en el post-concilio, *El rostro del Resucitado* constituye una síntesis que hará época». Y tras ponderar el uso continuo de fuentes orientales, concluía: «Este libro de teología lo es también de espiritualidad, y en él brota, renovándola, la experiencia más personal de toda una tradición de oración y santidad».

Es ésta la perspectiva teológica-espiritual que propone Le Guillou. Así, por ejemplo, el *aggiornamento* preconizado por Juan XXIII es entendido aquí como «la presencia transformadora del Señor en su Iglesia por medio del Espíritu y supone la profundización contemplativa del misterio del Rostro» (pp. 61-62). Esta mirada al Resucitado supone también una necesaria purificación de la Iglesia (cfr. LG 8) «en la pobreza y en el olvido de sí misma», esto es, en la santidad. «Como sacramento de salvación dado por Dios, la Iglesia siempre convirtiéndose en lo que es; es signo pero a condición de purificarse y renovarse día a día, hasta que Cristo se le presente “resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida”» (Ef 5,27; cfr. UR 4) (p. 213). Por tanto, *Ecclesia semper purificanda* (LG 8). Aprecia igualmente la importancia y el papel de los laicos en la Iglesia (cfr. pp. 348, 351, 356-357), en concreto a través del concepto de «culto espiritual» que se alcanza con la celebración eucarística, en la que se transfigura no sólo la persona del cristiano sino también toda su actividad en el mundo: «El mundo de los hombres espera a esos verdaderos adoradores, en espíritu y verdad, que serán para él el rostro de Dios» (p. 313; cfr. también pp. 306, 310-311). Llama sin embargo la atención que no preste demasiado interés a la llamada universal a la santidad de la que habló el capítulo sexto de la *Lumen gentium*.

«*El rostro del Resucitado* –le escribía Henri de Lubac al autor, el 13 de agosto de 1968– ha sido un buen compañero de descanso. Es un libro escrito con amor, y se vería mejor si no se justificase por ello. Amor entusiasta por el reciente concilio, por este concilio que ha puesto de relieve el misterio de Cristo». Junto a una interpretación que propone como clave interpretativa la constitución pastoral *Gaudium et spes* –con una determinada concepción secularizada del concepto de mundo–, y otra más eclesiocéntrica justificada y surgida del esquema inicial Suennens-Montini (con las categorías estructurantes *Ecclesia ad intra-Ecclesia ad extra*), surge ahora esta interpretación netamente cristocéntrica del Concilio, que sin embargo encuentra su núcleo sobre todo en la constitución dogmática *Dei Verbum* y, en menor medida tal vez de un modo algo paradójico, en la constitución *Sacrosanctum concilium*. Sin haber leído previamente este maravilloso texto y a partir de fuentes y presupuestos a

la vez cercanos y lejanos a Le Guillou, he llegado a conclusiones parecidas en *Vaticano II: contexto, historia, doctrina* (Pamplona: Eunsa, 2016), coincidencia que me llena de alegría y seguridad en la lectura de los textos conciliares.

Pablo BLANCO

---

**Giuseppe TANZELLA-NITTI**, *Teologia della credibilità in contesto scientifico*, vol. I: *La Teologia fondamentale e la sua dimensione di Apologia*; vol. II: *La Credibilità del cristianesimo*, Roma: Città Nuova, 2015, 688 y 816 pp., 16 x 23, ISBN 978-88-311-7516-6 y 978-88-311-7517-3.

Giuseppe Tanzella-Nitti, docente de Teología fundamental en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, de Roma, nos ofrece una obra que carece de precedentes si consideramos el abanico de cuestiones que abarca y la extensión, tanto de los volúmenes publicados como de los previstos. Hasta ahora han aparecido los dos volúmenes que comentamos, de 683 y 812 páginas, respectivamente. El autor anuncia que en un futuro próximo verán la luz otros dos sobre *Teologia della Rivelazione*. Cuatro volúmenes, por tanto, sobre Teología Fundamental que tienen un único autor. Ya conocíamos obras ambiciosas, como el *Handbuch der Fundamentaltheologie* –publicado por Herder entre 1985 y 1988– que tiene también cuatro volúmenes –más breves– pero que se debe a la colaboración de 40 autores distintos. Más tarde, G. Lorizio publicó, en la misma editorial que la obra que comentamos (Città Nuova, 2004-2005) una *Teologia fondamentale* también en cuatro volúmenes, del que eran autores 14 especialistas. Pero no existía hasta ahora una obra tan extensa y tan abarcante, debida a un único autor, como la del profesor de la Universidad de la Santa Cruz. Este es un hecho que merece ser subrayado porque pone de manifiesto la audacia y el trabajo impresionante que está detrás de este trabajo.

Los cuatro volúmenes tienen un título genérico: *Teologia Fondamentale in contesto scientifico*. Ese es el marco común que se especifica después en dos partes: *Teologia della credibilità* (vols. 1 y 2), y *Teologia della rivelazione* (los previstos vols. 3 y 4). En ambos casos, puede añadirse –y el autor lo hace explícitamente en la introducción– «*in contesto scientifico*». A su vez, cada uno de los dos volúmenes de *Teologia della credibilità*, lleva su propio subtítulo, como veremos más adelante.